El México que cambió con las mujeres: fecundidad, educación y trabajo[1]

• Anna M. Fernández Poncela •

Más allá de la tan traida y llevada frase gatopardista: "cambiar un poco para que nada cambie", lo cierto es que el cambio es intrínseco al correr de los tiempos y la evolución de las personas y las sociedades. Si bien siempre hay grados y ritmos diferentes, en los cuales se inscriben las transformaciones según el nivel y contexto social en el cual se ubican.

De cambios y continuidades

La situación y posición de las mujeres en relación a su desigualdad social, también varía de país a país, de época en época y de espacio en espacio. Así por ejemplo, en el México de nuestros días, producto de los cambios acaecidos en el último medio siglo -crecimiento económico, urbanización, industrialización, etc....-, las mujeres están en lugares, desarrollan relaciones, tienen actitudes, hasta cierto punto nuevas. Y es que la población femenina ha ingresado en el sistema educativo y el mercado de trabajo, de forma discriminada, pero también masiva; y por otra parte, se está extendiendo cada día más el control de la fecundidad.

Estas nuevas situaciones y posiciones posiblemente desencadenarán cambios más amplios y profundos en torno a la posición de la mujer, si bien, las resistencias son muchas, así como las dificultades, obstáculos y limitaciones. Pero si tomamos en cuenta el cambio lento y de larga duración del cual nos informa la historia, esto es, las transformaciones duraderas y hondas, podemos pensar en que se pueden desencadenar cambios en relación a las mujeres a mediano plazo de un alcance todavía no evaluado.

Crecimiento demográfico y control natal

La población femenina de México representa el 50.9 por ciento de la población total del país, según datos de 1990. Se trata de una población joven -37.3 por ciento son menores de 15 años-, migrante y urbana -72 por ciento vive en ciudades-.

Pero quizás el dato sobre la población más significativo sea que tras décadas de importante crecimiento demográfico, en los últimos años se está experimentando una clara tendencia al control de la fecundidad.

La tasa global de fecundidad bajó de 6.3 hijos por mujer en 1973 a 3.8 en 1986. El cambio reproductivo significa, entre otras cosas, que mientras hasta hace dos decenios, las mujeres con hijos empleaban cerca de 30 años de su vida en la crianza de niños pequeños, hoy ese tiempo se ha reducido de 10 a 15 años.

Esto tiene que ver también con diversos factores sociales y culturales, como es el tamaño de la localidad de residencia, el nivel de instrucción y la actividad de la mujer, por ejemplo; pero y sobre todo con un mayor nivel de información y educación al respecto.

Su consecuencia directa es la reducción del tamaño de los hogares, y por lo tanto un cambio en la situación de las mujeres,

de forma especial en la familia y su relación con otros ámbitos de la sociedad. Sin embargo, la aparente mayor libertad significa también trastocar la construcción de su identidad y rol de género.

Sobre el estado civil, la proporción más alta de mujeres sigue correspondiendo a las casadas -que son el 45.5 por ciento-.

En cuanto a la responsabilidad del grupo doméstico, se calcula que de la cifra de 16 millones de hogares existentes en el país, hay un 15 por ciento de jefatura femenina, mientras que en 1980 ésta representaba el 14 por ciento y en 1960 el 12 por ciento. Y del total de hogares con cabeza de familia mujer, el 41.9 por ciento está formado por mujeres solas con sus hijos. En general estas mujeres comparadas con los hombres, suelen tener más edad y menos educación.

El crecimiento de este fenómeno es en parte consecuencia del incremento de la pobreza, la crisis y la "desestructuración" familiar, no se trata de una elección femenina en relación con una mayor independencia económica y psicológica por parte de las mujeres. Estos hogares son de menor tamaño y de composición mayoritariamente extendida, tienen además en su seno un alto porcentaje de miembros muy jóvenes o muy mayores, desventajas evidentes respecto a la reclutación de ingresos y participación.

Más educación para las jóvenes

Tanto la caida del analfabetismo, como la extensión del sistema de enseñanza, son las dos características más destacadas en torno a la educación de las mujeres. Y a pesar de la discriminación de la cual todavía son objeto, la población femenina ha mejorado su situación en este ámbito respecto de los hombres, y respecto de su propio sexo en otras etapas históricas.

Un 15 por ciento de la población femenina es todavía analfabeta, a pesar de la tendencia decreciente de este problemático fenómeno social, en 1970 las analfabetas eran el 29.6 por ciento de las mujeres.

Al parecer en la primaria y secundaria, infantes y jóvenes de ambos sexos presentan cifras de asistencia similares. Se calcula que entre los 5 y 24 años de edad, el 57.4 por ciento de mujeres reciben enseñanza formal.

Inician la escuela un 80 por ciento de las niñas a los 6 años y están escolarizadas el 93.1 por ciento de ellas a los 9 años de edad. Menos de la mitad de las mujeres entre los 15 y 19 años reciben enseñanza, y entre los 20 y 24 años sólo están escolarizadas el 13.8 por ciento de ellas. La diferencia entre mujeres y hombres viene a partir de los 12 o 14 años cuando disminuye el número de jóvenes en general que van a la escuela, y especialmente la cifra de mujeres -estas se dedican al trabajo doméstico o al trabajo para la generación de ingresos para su núcleo familiar-.

Alrededor del 40 por ciento de las mujeres tiene la primaria completa. Pero es en el nivel universitario donde ha habido un aumento notable en el acceso de la población femenina en los últimos años, aunque en números absolutos siga habiendo más hombres que mujeres matriculados -las mujeres representan el 40 por ciento-. Cuando se trata de la elección de estudios, carreras como enfermería, educación y trabajo social, siguen siendo feudos femeninos. Pero la mayoría de las estudiantes eligen de forma parecida a sus homólogos masculinos, las profesiones tradicionales -administración, contaduría, derecho, medicina y computación-. Sin embargo, en la capacitación para el trabajo las mujeres parecen ser mayoría.

Incorporación y permanencia femenina en el mercado de trabajo

Se calcula que la población económicamente activa (PEA) -que trabaja o busca trabajo- femenina de 12 y más años en 1990 representaba el 19.6 por ciento de las mujeres. Lo cual es un aumento comparativo con datos de fechas anteriores, si bien en relación a los hombres persiste su carácter reducido. Por otra parte, las encuestas sobre ocupación elevan la proporción de mujeres que trabajan, ya que contienen información más aproximada a la realidad que los censos. En los censos urbanos especialmente, ha tenido lugar un crecimiento del empleo femenino de forma constante; en algunos de ellos alcanzando hasta el 35 por ciento de las mujeres mayores de 12 años.

El ciclo de vida es también importante: entre los 20 y 35 años se da la máxima participación de la mano de obra femenina con el 30 por ciento de la misma. Es también importante destacar que no sólo ha crecido el número de mujeres que realizan actividades generadoras de ingreso, sino que también ha cambiado su composición. Además de las jóvenes, solteras e hijas, se han incorporado o mantenido en su puesto de trabajo las casadas y madres.

Además las mujeres son la mayoría (75.9 por ciento) de los que realizan las tareas domésticas, si bien bajo la denominación oficial de "inactivas".

Las oficinistas, comerciantes y dependientes, trabajadoras domésticas y educadoras, siguen siendo el tipo de profesión u oficio más común entre la población femenina, sumando en conjunto el 55.4 por ciento de las ocupaciones de mujeres.

El 77.3 por ciento de las mujeres están bajo la categoría de empleada u obrera, mientras el 13.3 por ciento son trabajadoras por su cuenta, 2.4 por ciento laboran como jornaleras o peones, 1.6 por ciento empresarias, y un 1.2 por ciento son trabajadoras en negocios familiares sin remuneración. En todos los niveles hay menos mujeres que hombres, pero es quizás en el sector de las empleadas donde los números son más semejantes.

Por otra parte y respecto a la distribución sectorial,

el 70.3 por ciento de las mujeres estan ocupadas en el sector terciario -comercio y servicios-, 20.8 por ciento en el secundario -industria manufacturera fundamentalmente-, y únicamente un 3.4 por ciento se situan en el sector primario -agricultura particularmente-. Las mujeres constituyen el doble de fuerza de trabajo respecto a los hombres en el sector terciario, mientras es bastante inferior su presencia en los otros. Es en este sector donde ha habido un aumento importante de incorporación de mujeres en la década de los años setenta.

En cuanto a los ingresos de las mujeres siguen siendo inferiores a los de sus homólogos masculinos.

Ha habido cierta diversificación ocupacional que puede ser interpretada como señal de cambio en las condiciones laborales de las mujeres. La incorporación es también un signo de transformación, que más allá de la sobrecarga y la problemática material, sicológica y cultural, y las necesidades, intereses y espectativas concretas de las mujeres, representa una nueva perspectiva para la población femenina.

No se ha de pensar tampoco todo como positivo, ya que algunos aparentes "avances" han tenido altos costos para la población en su conjunto y la femenina específicamente. Las mujeres se han encontrado succionadas o empujadas por las circunstancias y condiciones que las rodean, sin que hubiera concientización o voluntad explícita al respecto. El ingreso en el mercado laboral es producto directo de la crisis, las condiciones de escasez de recursos y las responsabilidades familiares. El sobreesfuerzo y la sobrecarga de trabajo son importantes, y no sólo se trata del desgaste físico en las actividades laborales y las tareas domésticas, sino que hay que añadir las preocupaciones y estrategias encaminadas al incremento de los ingresos, así como la intensificación del trabajo y la reducción de costos de reproducción con todo el desgaste psicológico que esto implica. Y por supuesto las formas y funciones subordinadas en la introducción a los espacios mayoritariamente masculinos persisten y se recrean, como el mercado laboral o el sistema político institucional, cuando acceden las mujeres a ellos.

Como no se ha de plantear todo en negativo, pues posiblemente algunas transformaciones, como las jurídicas o educativas, las demográficas o informativas, y las relativas a ciertos valores culturales, influyan y sensibilicen a la población en relación a la discriminación de las mujeres y la ejecución de medidas favorecedoras de una mayor igualdad de derechos y oportunidades. El control de la fecundidad, la extensión de la educación y el incremento de la mano de obra femenina -su diversificación y cambio de composición- en los últimos lustros, inside también en la configuración del imaginario colectivo social, en las formas de pensar, hacer, y ser de hombres y mujeres, y por lo tanto en las formas de relación intergenérica.

De resistencias y transformaciones

La situación de las mujeres mexicanas en las últimas décadas ha variado notablemente. Los cambios en la fecundidad, la educación y el mercado laboral son importantes, sin embargo, el ámbito de la política formal y la misma construcción del modelo cultural en su conjunto, muestra todavía enormes resistencias.

Como hemos dicho, hay niveles o esferas en los cuales la sociedad es más maleable a las transformaciones en general. Por ejemplo, en la educación o la economía se pueden experimentar cambios más rápidos que aquellos que están íntimamente relacionados con aspectos psicológicos y culturales más arraigados.

Es por ello que se hace preciso reconocer que hay un México que cambió sin las mujeres, o lo hizo en forma más lenta, menos perceptible, y son los ámbitos de la política institucional y el amplio espectro de todo lo que se relaciona con las formas culturales dominantes. Pero eso es tema ya para otro trabajo.

Sin embargo, no quiere decir que éste se reproduzca de forma idéntica, que las resistencias sean insalvables o que las supervivencias arcaicas se impongan. Se trata de cambios graduales, donde tienen un gran juego las readaptaciones, donde la reproducción de lo viejo está porque es funcional, y donde la transformación de lo nuevo se va abriendo camino a pasos más pequeños.

Foto: Virginia Rodríguez

Notas

1 Este texto contiene datos y reflexiones generales sobre demografía, fecundidad, educación y mercado laboral en relación a las mujeres, la mayor parte de ellos proceden del Censo levantado en México en 1990, o de investigaciones específicas sobre los temas tratados. Parte de esta información está extraída también del artículo "Participación social y política de las mujeres en México: un estado de la cuestión" de próxima aparición en 'Participación política: las mujeres en México al final del milenio', del PIEM- El Colegio de México, compilado por la autora. Algunos datos también han sido objeto de análisis en una serie de artículos aparecidos en *páginauno* del periódico *unomásuno* en fecha reciente.